Yo era un paralítico. - China

¿Hola? Vengo de Pekín, China. Nací en 1944. Era el quinto miembro del Partido Comunista de China, investigador de materiales de construcción, y vicepresidente encargado de tres áreas —técnica, producción y calidad— en una empresa que experimentaba y producía materiales de construcción.

Vine a este Suyangwon a recuperarme de cáncer de ganglios linfáticos y cáncer de amígdalas.

En Hechos 3:2-8, cuando el paralítico de nacimiento pedía limosna a la puerta del templo a Pedro y Juan que entraban al templo, Pedro dijo: «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda. Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó; y al momento se le afirmaron los pies y tobillos, y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando, y saltando, y alabando a Dios».

Antes de venir al Betel Suyangwon, yo era un ciego que, teniendo ojos, no podía leer la Palabra de Dios; un sordo que, teniendo oídos, no podía oír la Palabra de Dios; y un mudo que, teniendo boca, no sabía alabar a Dios. No creía que Dios existe, que hay un cielo ni que Jesús volverá. Era un creyente que cada sábado iba a la iglesia con la Biblia y, al volver, guardaba el libro en el estante y a la semana siguiente lo llevaba de nuevo a la iglesia.

Un día, un paralítico que, teniendo piernas, no sabía caminar, llegó al Betel Suyangwon. En la primera conferencia de la mañana siguiente, diciendo «Aquí se sirven dos comidas: una es el alimento del cuerpo y otra es el alimento espiritual», nos dio la palabra de Juan 6:63.

«El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida».

Nos enseñó que la causa de las enfermedades físicas y espirituales es el resultado de rebelarse contra la Palabra de Dios, comer mal y vivir mal, y que ahora, en la sala de tratamiento de Dios, con la receta de Dios, basta con comer

correctamente y vivir correctamente. Fue una conferencia realmente de mi agrado.

Mientras escuchaba con diligencia cada día las conferencias del director, estudiaba afanosamente la Biblia, oraba de corazón y alababa, la Palabra de Dios comenzó a filtrarse en mi corazón endurecido como la llovizna que empapa la tierra.

En las conferencias que escuchaba cada hora y en las palabras de la Biblia que leía cada día, derramando lágrimas, mis pecados que antes no había comprendido, surgidos del conflicto con mi hija, fluían uno tras otro, y elevé innumerables oraciones de arrepentimiento a Dios. Además, me arrepentí muchísimo de haber desconfiado y dudado tanto de Dios. Varias veces, entre lágrimas y mocos, sollozando y lamentándome, me arrepentí. También comprendí profunda y profundamente cuánto nos ama Dios y su promesa con nosotros.

«¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti» (Isaías 49:15).

Derramando incontables lágrimas ante estas muchas palabras del amor y las promesas de Dios, la figura del padre que espera el regreso del hijo pródigo se me apareció en la figura de Jesús. Al sentir ese amor limpio filtrarse en mi cuerpo y mi alma, mi corazón comenzó a cambiar.

Mirando una pequeña flor amarilla del tamaño de un grano de mijo, decía: «Así que también a ustedes los creó Dios, ¿verdad?»; escuchando el sonido del arroyo que fluía murmurando, decía: «Así que también a ustedes los creó Dios, ¿verdad?». El mundo creado por el Señor era así de hermoso. Palpando el bulto de cáncer que había crecido como un globo inflado, me arrodillé y oré fervientemente a Dios.

«No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia» (Isaías 41:10).

En esta palabra obtuve gran fuerza. Creí firmemente. Dios realmente me sostuvo con su diestra justa, me fortaleció y me ayudó. Su mano sanadora todopoderosa se extendió hacia mí. El bulto de cáncer que era tan enorme comenzó a reducirse, y ahora, después de más de un mes, se ha vuelto pequeño como un huevo de pájaro y sigue reduciéndose.

Además, en el brazo izquierdo tenía varios bultos conectados durante más de 20 años, y una mañana al levantarme había un hoyo. Los dos bultos se reducían cada uno hacia ambos lados. Estaba tan feliz. Brotó un canto.

«¡Buen Dios~ buen Dios~ mi muy buen Dios~!»

Al comenzar a sanar la enfermedad espiritual, la enfermedad física se sanaba por sí misma.

Al principio leía la Biblia para sanar la enfermedad y oraba pidiendo que sanara la enfermedad, pero ahora estudio la Biblia y oro para obedecer la Palabra de Dios y, encontrándome con Jesús, ir por el camino de la vida eterna.

Compañeros pacientes, hoy yo soy ese paralítico. Ese hijo pródigo. Este paralítico que, teniendo piernas, no podía caminar, en el nombre de Jesucristo de Nazaret ha recibido fuerza en sus pies y tobillos y está regresando a la casa de Dios.

Hoy, de pie en este lugar, alabo a Dios a plena voz. Le doy infinita gratitud y gloria. Al mismo tiempo, expreso mi ardiente gratitud a la excelente casamentera, la directora Choi Cha-sun, que me presentó a este buen Jesús como esposo.

«¡Te amo, mi Jesús! Te amo. Muchísimo. ¡Te amo, mi Jesús!»

«Volveos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeliones» (Jeremías 3:22).

¡Todos ustedes! Derribemos todos el muro que nos separa de Dios y volvamos a Dios.